

273), la pervivencia de la memoria individual después de la muerte (pp. 181 ss, 210 ss, 228 ss)... Observemos que tales asuntos tienen interés en cuanto reflexiones genéricas, al punto de que *Yarfoz* podría tenerse por una novela de corte intelectual y especulativo. Mas es preciso advertir que ese carácter abstracto rara vez se presenta de manera pura sino que esos motivos establecen un paralelo con nuestra vida cotidiana. No es añadir interpretaciones espúreas, creo, el ver una censura de algunos hábitos de política cultural bajo esta afirmación: «Aquí parece que ese que nosotros consideramos el defecto de que pecan todas las construcciones gubernativas [...] es el empaque que a ellos más les gusta para los edificios» (p. 163). Por supuesto que tras estas otras palabras referidas a la unidad nacional se esconde la opinión del autor sobre la España de las autonomías, cuestión a propósito de la cual ha tenido públicas y polémicas intervenciones:

No es que se trate de separar por fuerza ni de juntar contra la voluntad, ni de que las vertientes donde cambien las lenguas tengan que ser como las lindes donde los campos cambian de señor. Ni la concordia tiene que fundarse en la igualdad de lenguas, ni la discordia está justificada por la disparidad. Se trata de no confundir la unidad con la concordia ni la discordia con la dualidad. La dualidad no es ninguna desventura como lo es, en cambio, la discordia (p. 180).

En fin, la función del ejército es aludida varias veces, en consonancia con su obsesiva preocupación última por este tema, sobre el que versa el enayo *Campo de Marte*, de también polémicos planteamientos.

El «testimonio» alcanza, como puede deducirse de lo que hemos comentado hasta el momento, una significación que excede la simple narración de unos episodios, por sugestivos que sean. Desde luego, es obligado hacer un alto para destacar que acaso lo mejor de libro radique en algunos de esos episodios o acciones sueltas. Interés intrínseco poseen varias que casi constituyen relatos aislados. Destaquemos, por ejemplo, la historia de los «babuinos mendicantes» (p. 152 ss), la de los «eremitas rupestres» (pp. 87 ss), el sistema carcelario (p. 176 ss), la fundación de la necrópolis y la institución de los «necrógrafos». De particular acierto me parecen las muchas páginas que dedica a la demorada exposición de obras de ingeniería (la desecación de los pantanos o la construcción de la rampa del Meseged). Notables son asimismo los larguísimos, y algo cansinos, fragmentos con disputas judiciales, no sólo parodia de manejos forenses sino lucimiento del escritor, de su ingenio y de sus dotes verbales. Hay mucha curiosa inventiva en la novela, pero todo está filtrado por una nada inocente concepción del relato, que debe vincularse con dos de los modelos formales que recuerda. Por un lado, una narración de corte épico, que no puede disimular —por mucho que se esconda su intención— los propósitos de este género (celebrar las hazañas de un héroe y proponerlo como modelo de comportamiento), de manera que a Nébride le podría convenir aquella misma atinada calificación de «santo laico» con que un crítico caracterizó al Cid castellano. Por otro, una construcción que es como un parábola de la humanidad. No digo que Ferlosio haya rescatado de modo mimético esos modelos, sino que el parentesco entre ambos implica una postura moralizadora. Lo cual es bien extraño, ya que el propio Ferlosio ha condenado, en unas anotaciones a propósito del *Pinocho*, de Colloidi, todo propósito de llevar «una determinada convicción» a la conducta de los lectores, para lo cual, sostenía con razón, existen otros géneros; y aún añadía que toda intención de un relato ajena a la evocación de un acontecer es «advenediza y bastarda en sus entrañas».

*Yarfox* está repleto de esas intenciones «bastardas» y bajo sus historias se camufla un severo moralista: claro que no tan inexperto o torpe como para que la lección sea explícita o sermoneadora. El autor apuesta por unos valores y defiende unos principios de honestidad e integridad bien poco comunes en este zarandeado planeta nuestro. Hasta me atrevería a decir que en esa negación por pasiva del mundo contemporáneo, que implica emocionales reticencias ante el incuestionable progreso material de la humanidad, se revela algún paralelo entre el protagonista, Nébride, y el propio Sánchez Ferlosio, pues ambos comparten un semejante distanciamiento de la sociedad. En el fondo del relato —y tal vez en la misma figura civil del escritor— hay un poso de misantropía y un indisimulado rechazo de la naturaleza humana. La alegoría, la parábola funcionan literariamente para ilustrar esa concepción.

Esa «novela total» a la que antes he hecho mención es la responsable del aspecto más endeble de la obra, tan evidente que resulta extraña la inadvertencia del escritor, aunque puede explicarla —que no justificarla— la discontinuidad en la redacción. A los modelos formales antes mencionados habría que añadir otro más, que se convierte, en última instancia, en el responsable de la estructura del libro. Me refiero a la literatura de viajes. El esquema formal es el de un relato del camino, lo que permite contar todo lo que le sucede a un protagonista a lo largo de su recorrido (el que, además, sea un relato de viajes imaginativos o utópicos no añade nada a ese principio general). Ahora bien, esa estructura formal debe supeditarse, porque así lo ha querido Sánchez Ferlosio, a lo que asegura que constituye la esencia del libro, el ya recordado «testimonio». Al comienzo de la obra se nos informa de cómo ese tal «testimonio» es una pieza literaria con específicos fines: confesiones o revelaciones de hechos, escritas sin beneficio alguno para el autor, destinadas a reivindicar o restaurar el honor de alguien; o, como finalidad menor, «producir como verdad ante los demás una versión de los hechos ignorada o, más a menudo, no creída en su día» (p. 14). Pues bien, buena parte del libro no tiene nada que ver con ese objetivo, ya que no contribuye en lo más mínimo a fijar la verdad de la historia de Nébride sino que ésta se alarga con episodios todo lo atractivos que se quiera (en cuanto piezas aisladas) pero absolutamente irrelevantes para el propósito de la obra. ¿A qué contar, por ejemplo, la historia de Traszaz, el mensajero que lleva a Nébride la noticia del crimen de sus parientes? Da pie, desde luego, a la exposición de un curioso comportamiento de los eremitas, pero no se alcanza para ello otra justificación que el puro gusto de contar una historia impertinente, en sentido literal. Y como esa, otras muchas anécdotas sugestivas, pero innecesarias. De este modo, la estructura del libro está basada en una serie de interpolaciones que constituyen auténticos fallos dentro de la propia concepción de la novela y de su anunciado propósito. Un elemento final culmina este frustrado planteamiento formal. Me refiero a las peripecias de Sorfos, el hijo de Nébride. Por un lado, supone un abandonar de manera súbita e insatisfactoria la biografía del protagonista, del que, de repente dejamos de saber nada. Si no había ningún otro dato relevante o significativo sobre su vida, la novela tendría que haber acabado justo en ese momento. Pero, además, el narrador que atestigua ya ni siquiera es testigo de los hechos, por lo cual mal puede servir su testimonio de prueba para restituir una verdad supuestamente adulterada. Por otro, la historia de Sorfos no tiene nada que ver con la de su padre ni con el motivo de su exilio. Es tan sólo un elemento pegadizo e injustificado.

El planteamiento formal señalado desemboca en una impresión de conjunto basada en la suma de materiales heterogéneos. Algo así como si la novela recubriera mediante el personaje de Nébride una serie de opiniones sueltas del autor, y, al igual que sucede en sus recientes volúmenes de ensayo, antes que pensamiento articulado lo que encontramos son simples afirmaciones o negaciones, más o menos brillantes, polémicas o gratuitas. Sánchez Ferlosio parece abocado a hablarnos de la vida, siente necesidad de pronunciarse y dice lo que se le ocurre con desenvoltura, pero sin sistema. Y para ello tanto le da escribir un ensayo como un novela, de manera que en aquéllos aparece sin trabas la pura subjetividad y en ésta se infiltran modos muy discursivos.

Unas palabras, en fin, hay que dedicar al estilo. Una primera e inocente lectura de *El testimonio de Yarfoz* produce la impresión de un prosa escrita con maestría. A ello nos lleva, quizás, ese párrafo largo que emplea Sánchez Ferlosio. Párrafo que él mismo ha ponderado mucho, a la vez que descalifica la frase corta de sus títulos precedentes. Es cierto que esa sintaxis con mucha subordinación surte un efecto positivo para la exposición de las disquisiciones judiciales o de los fragmentos discursivos que tanto abundan. Pero no debiera mostrarse tan ufano porque con frecuencia hay descuidos poco aceptables, sobre todo si se pretende una meta en la obtención de una prosa elaborada. Hay páginas en que los adverbios en *-mente* son tan abundantes que indican deplorable negligencia. En una misma frase corta se repiten varios y en algunas páginas llega a haber hasta ocho. Véanse, si no, las páginas, 134, 135, 146, 147, 150, 167, 170, 187, 207, 215, 224, 233, 281 ó 282-3. Incluso, en la página 208, se repite dos veces «correctamente» entre los cinco adverbios de esta clase que aparecen en tan sólo diecinueve líneas. Y en la página 216 se lee lo siguiente: «mas, comoquiera que esos últimos no tienen por costumbre el anunciar *previamente* su visita —ya debía de haberse recobrado *totalmente* de su desfallecimiento y sofoquina, porque ahora, pareciéndole *probablemente* muy graciosa su propia observación de que los ladrones no tienen por costumbre el anunciar *previamente* su visita [...]» (la cursiva es mía).

*El testimonio de Yarfoz* recupera a Sánchez Ferlosio para quienes temíamos que nunca volviera a la ficción. No es un libro fácil ni en esencia ameno y en más de un momento resulta fatigoso, pero muestra un empeño estimable. Al principio del libro se alude al «futuro destino de alguno de los personajes en él citados» (p. 11) y debemos confiar en que esa vaga promesa —vaga, porque en sus declaraciones se ha manifestado poco dispuesto a estampar más páginas de la historia general de la que *Yarfoz* es parte pequeña— se convierta en realidad. Mucho nos alegraría que se decidiera a darnos otros episodios de esas larguísimas guerras barciales, porque este relato ahora presentado no satisface por completo. Ojalá el desdén por la literatura que tanto ha reiterado en fechas recientes se transforme en una nueva confianza que colme a quienes hemos pensado que Sánchez Ferlosio era uno de los narradores más significativos de la postguerra.

Santos Sanz Villanueva

# El ajuste de cuentas Saramago-Reis\*

Según afirma Saramago, desde que tenía dieciocho años, —es decir, hace más de cuarenta—, venía arrastrando un conflicto personal con el médico y poeta portugués Ricardo Reis. A José Saramago le irritaba de Reis «su indiferencia, su voluntad de ser mero espectador de los acontecimientos a su alrededor, que lo llevaron a escribir que “sabio es el que se contenta con el espectáculo del mundo”». «Sentía la necesidad —dice el autor de *El año de la muerte de Ricardo Reis*— de acabar con este doble movimiento de atracción/repulsión, de resolver el conflicto, y la novela tiene, indudablemente, el valor de un ajuste de cuentas».

La acción de esta obra se sitúa a finales de 1935, con la llegada al puerto de Lisboa de un barco inglés, el «Highland Brigade», en el que viaja, procedente de Brasil, donde ha vivido dieciséis años, Ricardo Reis. «El vapor es inglés, —dice el texto—, de la Mala Real, lo emplean para cruzar el Atlántico, entre Londres y Buenos Aires, como una lanzadera por los caminos del mar, de aquí para allá, haciendo escala siempre en los mismos puertos, La Plata, Montevideo, Santos, Río de Janeiro, Pernambuco, Las Palmas, por este orden o el inverso, y, si no naufraga en el viaje, tocará aún en Vigo y en Boulogne-sur-Mer, y al fin entrará Támesis arriba, como entra ahora por el Tajo». Lo primero que queda reflejado en la llegada al puerto de Lisboa es la pobreza generalizada: «Pueblo atrasado, —escribe el autor—, mano tendida, cada uno vende lo que le sobra, resignación, humildad, paciencia, y que sigamos encontrando quien haga comercio en el mundo con tal mercadería».

En su novela, José Saramago ha decidido confrontar a Ricardo Reis, natural de Porto, de estado civil soltero, de profesión médico y vocación poeta, con los importantes acontecimientos que estaban ocurriendo en la Europa y en el mundo de 1935. Tiempos en que la II Guerra Mundial ya se está gestando, la guerra civil española está ya en vísperas, Italia y Etiopía están en guerra, el Frente Popular actúa en Francia y en Portugal, donde a su vez se cumple el décimo aniversario de la revolución nacional, que marcó la instauración del régimen salazarista.

«Me pareció el año ideal, —dice el autor—, para observar el comportamiento de un poeta que dice contentarse con la contemplación del espectáculo del mundo».

## Descripción detallada y precisa

El autor disfruta describiendo personas, lugares y situaciones con precisión, minuciosidad y todo lujo de detalles. Así, al comienzo del libro, cuando Ricardo Reis acaba

\* José Saramago, *El año de la muerte de Ricardo Reis*. Editorial Seix Barral, Barcelona 1985.